



Coordina:
Eduardo G. RICO

El libro de la semana



¿A dónde va Felipe?

Secretos y entresijos del cambio

EDUARDO G. RICO

Nunca mejor definido el contenido de un libro por su «slogan» publicitario. Aquí, en estas doscientas páginas, están algunos de los secretos y entresijos de la operación que los socialistas definieron, con la astucia de un «public relations» americano, como «cambio». Algunos dirán: Este es el llamado nuevo periodismo. Pues no. En todo caso, será nuevo periodismo a la española.

José Oneto, el autor, es uno de los periodistas que contribuyeron al otro cambio, al de 1977. Tal vez el que más. Es un veterano de la máquina de escribir, ha publicado libros, ha sido fiel con sus lectores a través de una sección dominical, y está bien informado: tiene conexiones, domina claves; lo que es lo mismo, conoce personas influyentes. Cierto es que el medio hace al periodista, pero existe una dialéctica por la cual el periodista también hace el medio. Y hay en la contabilidad de Oneto una buena partida de méritos.

Tenemos que decir en seguida que Oneto no hace análisis político: hace periodismo novelado. Y lo hace muy bien. Comenzada la lectura, no se abandona. Oneto maneja datos, cifras, anécdotas y los ordena con su arte singular que les otorga credibilidad. Parte de una minucia —el desayuno del presidente, el afeitado de Julio Feo, las primeras vacilaciones de la falta de costumbre, la angustia y la responsabilidad del Poder— para relatar un hecho trascendente. Todos sabemos, leyendo a Oneto, cómo estaban sentados en torno a Boyer, Ruiz-Mateos y sus acólitos en la víspera trágica para los hombres de la abeja, pero además, a través de esa puerta nos vamos enterando de cómo se resolvió la discusión. Resulta espléndido en detalles y matices el relato de la actuación del comando de ETA en el secuestro de Prado Colón de Carvajal, y la operación policíaca correspondiente.

Pero, cuidado, que nadie está libre de la seducción de la fantasía. ¿Cómo es posible que el autor conozca, poco menos que al pie de la letra, la conversación telefónica de Calviño con Dorado, y la intervención en este «affaire» del vicepresidente Guerra. No hay documentos, no hay testigos. ¿Dónde están los testimonios probatorios? ¿Es permisible producir descalificaciones de tal calibre sobre hipótesis, rumores, indicios, cuando ya no se juzga noveladamente la entrada en un palacio, un desayuno, un afeitado, sino nada menos que todo un comportamiento político? Es aquí donde yo veo la debilidad del libro de José Oneto, que, por lo demás, no anuncia, como se rumoreaba, ningún desastre. Todo lo contrario. Lástima de ese apasionado episodio, por lo demás, periodísticamente propagado con estridencia pero sin iluminar la confusión. Porque el libro está brillantemente escrito.

Cela, en clave de mazurca y castellano

Joaquín CALOMARDE

ESCRIBO todavía bajo la impresión que me ha producido la lectura de la última novela de Camilo José Cela: «Mazurca para dos muertos». La prosa del maestro Cela adquiere en esta obra ribetes de orfebre viejo, de tallista delicado y exacto del castellano, de buscador de orígenes arcaicos como el mundo mismo, de purista salmodioso del mejor idioma. Cela, pues, en clave esta vez de mazurca y castellano.

«Mazurca para dos muertos» es una novela circular, una antigua historia, como de ciego, contada con la verosimilitud de lo misterioso; vehemente en sus planteamientos, rigurosa en su expresión y estéticamente perfecta. Cela vuelve en ella a una forma de novelar que le es propia y cercana. Esta «Colmena gallega», este «San Camilo 1936» galaico, desarrolla una técnica narrativa que, próxima a las murallas de Jericó, debate el argumento en lentas y estudiadas pasadas circulares, en torno a la sintaxis propia de la lengua y al rosario de personajes que, como la lluvia del comienzo, caen, es un suponer, desglosadamente a lo largo y ancho de la soberbia prosa de Camilo. Cela es el castellano, un idioma, una lengua rica y plena que en esta obra se ve manejada a la perfección por el talento y porte del gran maestro. Cuando leo a Cela me parece estar asistiendo a la recreación de Cervantes, Gracián o Quevedo. No hablo, claro, de un arcaísmo metalingüístico, no, hablo de mi lengua y mi tradición más honda, hablo de las raíces, no castellanas (galaicas en este caso), de mi propio devenir lingüístico e idiomático. ¿Qué es el castellano? Ante todo, pueblo, y después, una «vasta y amplia literatura». Cela recoge en esta prosa el ritmo más hondo del ocurrir del castellano, de un castellano que vía Compostela, el Sabio y el Arcipreste, es un decir, supo fusionarse en una lengua que no rehúsa, antes al contrario, enriquece, enriqueciéndose/enriqueciéndolas, otras lenguas de lo que somos: amasajo, a veces informe, de culturas, pueblos, folklore (ay Mairena) y cruce de «Judíos, moros y cristianos». El galaico-portugués, el castellano, la literatura y Cela, lo repito, en clave de mazurca o rezo milenario.

LA mazurca, la vieja mazurca cantada, salmodiada más bien por el viejo. Gaudencio, cantor, como si dijéramos, de meretrices, cuyras, alobados, meigas y ritos mágicos de la casa de la Parrocha, nos recoge la historia

de un asesinato y su venganza. Una historia, eso sí, convencional, a mi juicio, en la novelística de Cela. Semejante andamiaje «material» es sólo el pretexto que la «forma» adquiere para desarrollar eso que Umbral, siguiendo a Weiss, llamó «esculturas léxicas». El círculo, el carro de bueyes trajinando los tortuosos caminos de la geografía rústica y misteriosa de una Galicia en plena contienda nacional lleva a Cela a desarrollar ampliamente la temática que desde la Colmena y la Catira le es familiar: el destino del hombre condenado a la bestialidad, lo telúrico, lo incontrolado, lo misterioso, lo fatal y lo terrible. Seres sometidos desde siempre al mandato incontaminado del sexo, el hambre, lo elemental y la tierra, el hombre se debate, ciego, ante un mundo que le ignora y al que, en última instancia, él ignora. Cierta magia fatalista, un cariz fantasmal y bárbaro exhalan estas páginas de la mazurca. Una recreación magistral de personajes, ambientes y circunstancias adornan la prosa espléndida de Cela.

VUeltas y vueltas concéntricas del mundo, vueltas y vueltas concéntricas del idioma. Puro goce de leer una prosa castellana, pura magia verbal, pura música sonora en esta salmodia castellano-galaica. Oigá-

mosla: «Llueve sobre la tierra del monte y sobre el agua de los regatos y de las fuentes, llueve sobre los tojos y los carballos, las hortensias, los buños del molino y la madre selva del camposanto, llueve sobre los vivos, los muertos y los que van a morir, llueve sobre los hombres y los animales mansos y fieros, sobre las plantas silvestres y de jardín, llueve sobre el monte...» Sigue la cantinela. Lo escribió Cela en «La colmena»: «la literatura es una actitud». Justo. Reconciliarse con el idioma, con el propio, es la primera conquista a la que el escritor debe aspirar. La segunda, «dejarse morir de hambre o cambiar de oficio». Apunto yo, la tercera: escribir y ver dibujarse en la prosa, en la magia del artificio léxico, el rostro íntimo, quizá por ello mismo extranjero, que le pertenece y le cuadra lento, imperceptible, como la lluvia sobre el campo gallego que cae desde siglos ritmo de mazurca y castellano. Hay momentos en que todo coincide y se funde. Cela conjuga el Romancero y las Cantigas: toda una tradición, no que somos, sino en la que somos, que nos es. Una lengua es una tierra, una historia y un ritmo. Una lengua es un «sarao», a veces una MAZURCA.

Cela, C. J. «Mazurca para dos muertos». Seix-Barral, Barcelona, 1983.



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Publicidad para los libros

«Páginas de Literatura y Ensayo», otoño de 1983; Itaca.



En un mundo en que prevalece la sociedad de mercado y de la que no se escapan ni las cosas más serias y santas, el libro necesita un lugar entre los que utilizan el imprescindible servicio de la publicidad. Hay, como se sabe, una gran escasez de revistas literarias, y promover la venta del libro resulta extraordinariamente difícil. Pensando en estos obstáculos, la distribuidora Itaca ha creado su propia revista, que no constituye un medio propagandístico más, sino que en su sumario se incluyen artículos de las firmas de más prestigio del momento. En el número correspondiente al otoño aparece un buen estudio de los cuentos misóginos de Patricia Highsmith, un texto inédito de Benedetti, comentarios sobre las novelas de Modiano y Grass y un breve estudio sobre Juan Benet. Se titula la publicación «Páginas de Literatura y Ensayo».

Informar

«La sociedad de la información», Fundesco; Tecnos.



«Informar»: Esta es una de las palabras que define la sociedad que nos ha tocado vivir. «La sociedad de la información» constituye una serie de la cual traemos aquí el segundo número, «Los medios de información en la década de los ochenta», que supone un estudio prospectivo para la España de los años noventa. Sus capítulos forman parte de las lecciones de un seminario celebrado sobre el tema. Se reflejan en sus páginas los debates y las diversas intervenciones, sobre las empresas de Prensa, las agencias de publicidad, la radio y la televisión, las hemerotecas, la agencia Efe, los servicios de documentación, etc. Libro imprescindible para especialistas y profesionales de los medios de información.

Terrorismo de derecha

«El Estado terrorista argentino», de Eduardo Luis Duhalde; Argos Vergara.



Cuando redactamos esta nota el pueblo argentino decide su destino en las urnas, fracasada rotundamente la gestión dictatorial de la dictadura militar. Del terror desencadenado por esta dictadura de derecha —las del cono Sur siempre se olvidan, para manipular la situación en Polonia o Afganistán; pero ahora Granada vuelve a ser una poderosa llamada de atención de la política norteamericana del «garrote»—; de ese terror, decimos, tuvo que huir el autor de «El Estado terrorista argentino», uno de cuyos colaboradores fue asesinado por la Triple A. Afincado en España, se ha venido dedicando incansablemente a denunciar la situación trágica de su país, que, por fortuna, parece llegar a su término. Este libro es un excelente testimonio de su trabajo en favor de la libertad de su patria.

Sin estridencias

«Vardar», revista mensual de crítica, octubre 1983; editor, Félix Guisasaola.



Félix Guisasaola viene editando desde hace tiempo —este es el número 17— la revista «Vardar», presentada modestamente, sin ninguna clase de estridencias, que, generalmente, cuando se producen ocultan un vacío. Este número bien vale un gran elogio. Queremos destacar en el mismo un artículo de Pierre Daix, «La novela y la opresión», y, dentro de la misma sección, titulada «Actual e inactual», un estudio sobre Roberto Matta. En la sección «Temas» hay un artículo de Jan Patocka, otro de Roman Jakobson, y luego, sobre el filósofo-científico Mario Bunge, una discusión con diversas intervenciones, alguna bastante discutible, todo hay que decirlo. Especial interés ofrece para nosotros, insistimos, el artículo de Pierre Daix, que revela alguna de las claves de la clara decadencia de la novela en Occidente.

Un trabajador

«Diario de un trabajador», de Ramón de Garciasol; Espasa-Calpe, Colección Austral.



Se llama Miguel Alonso Calvo, pero si se pronunciara este nombre en la tertulia literaria más veterana no se sabría averiguar a qué poeta corresponde. Miguel Alonso Calvo no es otro que Ramón de Garciasol, y «Diario de un trabajador» es su vigésimo libro de versos. Vale la pena contar el origen del seudónimo. Garciasol hizo la guerra en el Ejército republicano, y al terminar ésta hubo de ocultar su verdadero nombre en el batallón de trabajadores en el que la represión le incluyó. De ahí esa invención casi repentina, para que no se descubriera su auténtica identidad. Uno de los grandes poetas que se revelaron en la posguerra; todos recordamos aquel reproche en alejandrinos destinados a Rubén Darío, y que se publicó hace más de treinta años. Un buen libro el de Garciasol.

El otro Semprún

«El ladrón de Madrid», de Carlos Semprún Maura; Plaza Janés.



«El otro Semprún», lo bautizamos, porque llegó después. Cuando su hermano Jorge ganaba el Fomentor con el «Largo viaje», de Carlos Semprún Maura, que yo sepa, no había comenzado a escribir, fuera de las publicaciones políticas. Porque las incidencias de su vida de conspirador ofrecen tanta riqueza y variedad como las de su hermano. Clandestino en Madrid y en París, lo recuerdo en su librería cerca del Sena, verdadero centro de los «ex felipes» que rodeaban la revista «Vida comunista». Después, probablemente en mayo del 68, se radicalizó, escribió más tarde, muerto Franco, en «Diario-16», dentro de una línea nihilista muy peculiar. Y escribió novelas. Exactamente cuatro, y en francés. Esta, recién traducida por Carmen Camps, se desarrolla en nuestro país, y está escrita con un estilo ágil y original.

Una frustración

«Sobre la guerra civil y en la emigración», de Luis Araquistáin; Selección Austral.



Parece bastante moderada la presentación que de los escritos de Araquistáin publica, como prólogo, Javier Tusell. Es, por lo menos, razonable. Ha habido muchos que en su voluntad de encontrar en el pasado pensadores marxistas nacidos en estas tierras convirtieron a algún otro escritor en algo que no era. Una simple lectura de su revista «Leviatán», de sus polémicas o de los escritos que en este libro se recogen basta para probarlo. Luis Araquistáin era, sobre todo, un periodista, y como periodista, más que como teórico, constituyó su respaldo y aportación a la línea izquierdizante caballerista, que tan nefasta influencia causó en 1936 sobre la izquierda española. Tómesele, pues, a Araquistáin como lo que fue: un periodista brillante, un hábil polemista. Pero nada más.

Los clásicos del Norte

«Clasicismo Nórdico», catálogo de una exposición. MOPU, Servicio de Publicaciones.



Este catálogo, por su belleza y por la riqueza de su presentación, tiene el valor de un gran libro de arte. Recoge con todo detalle —fotos, planos, etc.—, lo que se ha dado en llamar clasicismo nórdico. Una buena definición la encontramos en el prólogo: «Se podría pensar que la lúgubre Jefatura de Policía de Copenhague y la alegre decoración del teatro Skandia, de Estocolmo, no pueden tener nada que ver. Sin embargo, están ligados no sólo por la geografía y el período, sino también por un interés común por el idioma clasicista. Son dialectos de la misma lengua, un medio, que, además de recuperar la seriedad y la laboriosidad a la arquitectura, restituyó las ganas de jugar, la candorosa ingenuidad a la par con la ironía; la aflicción exaltada de la catacumba y la sencillez alegre de la casa obrera.» Así lo confiesan ellos...

El primer Galdós

«Trafalgar», de Benito Pérez Galdós, edición de Julio Rodríguez Puértolas; Catedra.



Aquí tenemos el primer «episodio nacional» de don Benito Pérez Galdós. Parece ser que hay un intento de recuperación de Galdós (en la novela, en el teatro), tras decenas de años de injusto olvido y ácidamente motejado por muchos que fueron inferiores a él y que no queremos señalar. Le llamaban «el garbancero». Fue Luis Cernuda uno de los principales reivindicadores de la figura del novelista canario, cuando en sus poemas recuerda a los personajes galdosianos principales. Esta edición de «Trafalgar» la presenta con profusión de información bien matizada Julio Rodríguez Puértolas, y constituye un buen ejemplo de la maestría de don Benito para novelar la propia historia de este país.

Un viaje pintoresco

«Un viaje a España», de Carlos Pujol; Plaza Janés.



Buen conocedor de la literatura francesa —a él se deben estudios como «Voltaire», «La Comedia humana», «Abecé de la literatura francesa», «Leer a Saint Simon»—, también ha destacado como traductor de los clásicos y los románticos franceses. Carlos Pujol es de Barcelona y de 1936. Esta novela que hoy presentamos aquí, aunque se desarrolla en tiempos de la primera guerra carlista y de la monarquía de Luis Felipe, no quiere ser una novela histórica. Quiere, simplemente, convertirse en una historia divertida en la que participan personajes históricos e inventados, y en la que se reconstruye un modo de vivir. Es precisamente un personaje de Balzac el que vive las pintorescas peripecias.

Golding, el mal

ENTRE las atribuciones mágicas que el texto posee en sus inicios, el exorcismo del mal es una de las más frecuentes. Para la cábala, el lenguaje tiene el poder de convocar «físicamente» y evadir al mismo tiempo la aparición indeseada: nombrar es hacer aparecer o alejar, al menos momentáneamente, la amenaza. Recitar una secuencia verbal determinada tiene el poder litúrgico de la iniciación —rito que pervive en la misa cristiana— o de la eterna condenación. Verbo y acto están, pues, íntimamente unidos. De la misma forma, palabra, ritmo y entonación —musicalidad— eran inseparables y es su escisión, según afirmara ya Rousseau en «El origen de las lenguas», la que empobrecerá definitivamente el cuerpo del lenguaje: la lengua de los científicos y los poetas serán ya diferentes, no sólo aludirán a realidades de distinto curso, sino a espacios históricamente desgarrados entre sí.

EL problema del Mal —yunque de teólogos, moralistas y literatos— buscará así, al igual que lo sobrenatural, espacios «ficticios», donde la «creencia» se transfigure en universo estético, haciéndose permisible como «arte» ante los nuevos credos objetivistas. Será el siglo XIX el lugar privilegiado de metamorfosis estética de la creencia y así puede observarse en la gran literatura fantástica: Poe, Sheridan Le Fanu, Arthur Machen recurren a la narración para exponer sus dudas metafísicas, sus temores internos, su desconfianza de que la nueva sociedad de credo positivista haya «soterrado» realmente los oscuros espacios del cosmos, las reglas del juego infernal que rige los destinos secretos de hombres y cosas, de familias y sociedades enteras.

EN William Golding se dan cita los mejores frutos de la descripción objetivista y los atormentados espacios heredados de la poesía fantástica, redescubiertos como mecanismo metafórico por los autores de posguerra. Lo fantástico parece surgir como mecanismo narrativo en cada momento de tensión histórica, y no sólo como tal, pues arrastra en su recuperación las angustias personales del género y del autor que lo emplea, por mucho esfuerzo que imponga éste para distanciarse de los dilemas metafísicos. La literatura inglesa es además riquísimo caldo de cultivo de tales diatribas y será conveniente, a la hora de enriquecer la comprensión de la obra del reciente Premio Nobel, contextualizar su trabajo dentro de esta tradición literaria que ha otorgado al problema del Mal un primerísimo espacio.

LA mentalidad protestante, laica y mundana, que establece al individuo en lucha con el mundo, interioriza el problema del Mal que pasará, de forma inversa a las sociedades latinas, de ser problema del Poder inquisitorial, a ser problema de incumbencia moral y, por tanto, indisolublemente

ligado a la trayectoria personal del individuo.

ESTA lucha con el mundo, personificador del Mal, es la que idealiza el trabajo, glorificándolo como «condena» asumida, único baluarte de crecimiento, y así es como se establecen las duras luchas competitivas del mundo de las finanzas, a mayor gloria de Dios y la Reina. El debate victoriano del XIX define a la perfección esta curiosa alianza de Culto y Lucro que genera hipocresía, beneficio y esquizofrenia a partes iguales y que está a la base de la Ideología del Progreso, tal como se define en las sociedades occidentales adelantadas. Moral y trabajo, pues, que serán sublimación artificial de los conflictos internos y que la joven literatura psicológica o el relato fantástico —rompiendo la naturalidad de la vivencia cotidiana— se encargarán de desvelar en su rostro interno.

MILTON ya había entendido el Mal como la escisión definitiva de la armonía original entre hombre y mundo, tal sería el significado subterráneo de «El paraíso perdido». Swift utilizaría más tarde la sátira para torpedear el falso equilibrio que la sociedad mantiene frente a la naturaleza —frente al orden natural—, y Henry Fielding, en «El año de la peste», vería encarnado el Mal en la enfermedad que asola las naciones y cuyo progreso ha generado al decantarse por el orden y no por la felicidad. «Historia del Demonio» titulará a uno de sus mejores textos Daniel Defoe, y por tal personaje se decantará toda la sensibilidad romántica revolucionaria desde Beckford a Byron, viendo en el Mal la subversión de la moral dominante.

POSTERIORMENTE, el Mal será entendido como la derivación natural de la pestilencia del pragmatismo, se le dará una versión social al núcleo metafísico y éste será el dilema victoriano: entre los partidarios del progreso y la mentalidad neorromántica, partidaria de un regreso a los campos de

y los ingleses

utopía: William Morris, Samuel Butler. Mientras, la oscura batalla con el mal recorre los laberintos subterráneos de las primeras aventuras existenciales en los héroes de las novelas de Joseph Conrad —tan admirado por Graham Greene y William Golding.

EN las novelas de estos últimos, así como en las de Malcom Lowry, Anthony Burgess, Colin Wilson o James Hadley Chase, la presencia del mal tiene ya siempre esta connotación sociológica donde la especie ha recrudecido su natural condena. Los personajes, peo-

nes de un azar que los destruye, luchan por entender las reglas del juego antes de caer al abismo, mas nunca amoldarse a las fatídicas imposiciones de las circunstancias. De esta batalla, perdida de antemano, jugada con cartas marcadas, se extrae ese típico pesimismo

irónico anglosajón que concibe el mundo a imagen de un túnel con estrellas. La vida es poco más que un «rito de paso», como afirmara Golding en su novela homónima.

José Vicente
SELMA

La otra fiesta nacional

Los premios

EN estos días de premios, convocatorias y otros reclamos de sirena, miraba las caras de algunos escritores conocidos y descubría en ellos el secreto del seudónimo. Una palidez de tabaco, de aspirinas, bicarbonato y cuerde de café para resistir tertulias, sonreír al sobresalto, aguantar la impertinencia: «¿No te presentas al Planeta?», «¿No estás tú en el Nadal?», «¿Cuál es tu villa?, ¿tu ciudad?, ¿tu ateneo?». Hubieran querido ofrecer sobre la mesa de mármol el original, cuidadosamente encuadernado en tela y letras de oro, dar un pufetazo en la curiosidad de los amigos con los millones del premio, los dividendos de la tirada o el esplendor de un diploma colgado en el despacho.

PERO no hay placer como el secreto, jugarse la vida (la novela) con un nombre falso. Ser y no ser como un hamletiano de la duda, que en el negociado del ministerio, en el periódico, en la clase, guarda su intimidad con siete llaves de distintos calibres, jugando a la ruleta rusa de la suerte. Esperan sorprender al mundo en la noche de Santa Teresa; en la de Reyes, donde brilla el cometa del rey Baitasar; en las iluminarias de ferias ilustradas; presumir como oscarianos de las letras; invitar—deshumbrar el cerillero de su café con un billete de cinco mil pesetas.

LOS planetarios, nadalianos, ateneos, giran un año entero en torno al premio. Lean convocatorias. Trazan proyectos. Refunden viejas reliquias. Escriben todas las noches durante treinta y tres cigarrillos de tabaco negro. Así la escritura tiene el sabor de la nicotina, el vacío de una noche de viaje. La inquietud, el insomnio dura meses o años. Un día el autor aparece afeitado, sonriente, relajado, locuaz. En el café todos saben que ha terminado su novela. Dejó de fumar y de drogarse con cafeína. No necesita bicarbonato. Se purifica el alma con agua tónica, chistes verdes, tardes de toros, conquistas femeninas y otras invenciones. Al hombre le van saliendo los colores naturales del triunfador. Presume en su camisa de seda, fotografía de galán de cine, sonrisa de caballo ganador que llega a su meta.

ENTRE los muchos planetarios, nadalianos, ateneos que existen (casi todos los novelistas han mandado o van a mandar su novela), se apuesta por un ganador. Se conocen los nombres del finalista o se

intuyen los seudónimos. Algunos autores, muy éticos, se esconden la primera quincena antes del fallo, del parto, para no hacer declaraciones; para disimular. Concursan a un premio; es un acto de cazarrecompensas que repugna a su conciencia. Pero se presentan, arrojados en el camuflaje de su seudónimo. Y esperan en su mecedora, fumándose un habano, al premio que más quieren.

CELA ha dicho varias veces algo así como que la literatura da dinero a condición de no buscarlo. (Y Cela creo que no se presenta a premios). Le presentan al Cervantes o al Nobel. (El calla). Los premios son anzuelos de oro. Los organizadores de esta fiesta nacional, menor y literaria, a la que asisten escritores de fondo, corredores de letras, ingenuos, almas cándidas, talentos y listillos, necesitados y avarientos, principiantes y consumados, tienen libertad como cualquiera para pescar lo que les venga en gana. Si los peces ingenuos acuden y se enganchan, es problema de los peces, que teóricamente son libres. Salvo a los éticos, y a los adinerados, que son pocos, a los demás escritores no les amarga un gusano de ocho millones; o la fama, esa hembra de primera página de periódico, doscientos mil ejemplares de novela. Renta vitalicia; a vivir de cara. Y cuento. Y pican. Uno gana. La inmensa mayoría pierde, pero es el juego. Es tan lícito como la ruleta o el póker.

EL Planeta, el Nadal, los Villa y Ciudad son remedios o sueños para salir de pobre. Es cosa bien triste que el escritor español, para vivir, no digo para gozar, tenga que ganarse el sueldo en otro oficio, venderse al negrero o presentarse a premios. Aquí los artículos no se pagan bien; las conferencias no se cobran; los libros no libran dividendos. Baroja se quejaba de la indigencia del escritor en este país; decía que cualquier peón estaba mejor pagado. Y así, o poco menos, continúa la historia. Esta sociedad sigue pensando que el escritor es un saltimbanqui, un pordiosero, a quien se le invita a casa para que amenice, culturice la velada. Así paga su cena. Los premios son una bolsa y una pesca. El escritor se ha liberado de sus mecenas y elogios infundados a ilustres protectores. Pero su situación económica sigue siendo precaria, amparada por el Estado, algunas instituciones privadas y los premios. La pregunta es: ¿Cómo vivir decorosamente y ser, al mismo tiempo, disidente, libre?

A. SABUGO ABRIL

La narración original de una de las mejores películas de todos los tiempos



LA pasada semana iniciamos la publicación del texto de «Milagro en Milán», la obra maestra de Zavattini, que ahora va a presentarse en castellano, con una introducción de Alonso Ibarrola. La publicación se debe a Editorial Fundamentos, a quien agradecemos la autorización.

«Milagro en Milán»

2 Por Cesare Zavattini

Los guardias no sabían qué hacer. Pero llegó Mobbi y arrojó una pequeña bomba, de esas que no matan, pero que hacen tal cantidad de humo que todos lloran. Todos lloraron, en efecto, y Totó se encaramó sobre el palo de la cucaracha para izar bandera blanca.

Por suerte, al último momento, llegó del cielo, como un relámpago, la señora Lolotta y entregó a Totó una paloma celestial, con la que le sería concedido cuanto pidiese. La señora Lolotta no quería ver afligido a Totó. Ella volvió a huir a toda prisa ya que dos ángeles la perseguían porque estaba prohibido sacar del cielo a las palomas milagrosas. Totó tuvo apenas tiempo para gritarle: «¡Mamá!»

Totó se emocionó tanto que a poco si no se cae del palo. Dijo: «Dos huevos al plato.» Y dos huevos al plato aparecieron ante sus ojos. Se convenció de que no era un sueño y rechazó a soplos el humo que invadía la barracada. Los demás también soplaban, extrañados de que no se les hubiese ocurrido antes, ya que no sospechaban nada acerca del milagro.

Mobbi y los guardias le echaron la culpa al viento en contra. Y se prepararon para atacar. «Adelante», gritó el capitán. Pero le salió cantado. Todos los guardias cantaban y ésta fue otra estratagema de Totó. Mobbi mandó relevar a aquel grupo de guardias que a su parecer habían bebido más de la cuenta y mandó desalojar con mangas de riego a todos aquellos desarraigados.

Pero todos los pobres se vieron de pronto en posesión de hermosos paraguas abiertos, y, así, la lluvia no les hizo efecto. Miraban asombrados a Totó porque habían empezado a comprender que él era el promotor de todo aquello. «Debe de ser un santo», pensaban, y alguien dijo: «Ya me lo figuraba yo desde hace tiempo.»

Edvigis miraba sugestionada a Totó y no se atrevía ya a acercársele. Totó no pudo apercibirse de ello porque estaba muy entretenido con Mobbi y con los guardias. Ahora había hecho congelarse la tierra frente al campamento y los guardias resbalaban como maños patinadores.

Los pobres rodearon a Totó y le pedían regalos. Unos querían pellizas y recibieron pellizas; otros, bicicletas o pantallas para la luz. Alfredo pidió una maleta grande para guardar su maletín. El bajito quiso crecer y el cojo andar como todos, pero luego pidió que le devolviesen la cojera para seguir pidiendo limosna y por temor de que se la negasen al varlo sano. El negro estaba loco de alegría, porque Totó le había concedido ser blanco y corrió en busca de la chica. Pero ésta había pedido, a su vez, volverse negra, y se miraron asombrados, de nuevo con la misma timidez. Arturo obtuvo de Totó, nada menos que el que la estatua se volviese de carne y hueso. La muchacha se puso a correr desnuda

por el campamento seguida de pobres que se le habían enamorado, a los que gritaba incesantemente: «Tralarrallá; quiero ir a la ciudad.» Y Arturo también la seguía, aún más desgraciado que antes. Totó hizo que el viento arrobetase el sombrero de copa de la cabeza de Rappi, para castigarle, y éste perseguía a su sombrero sin lograr darle alcance. Luego, Totó hizo nacer en el cabeza de todos un sombrero como el de Rappi, y éste huyó por la vía del tren, asustado, y parecía un tren, dejando una nube de sombreros de copa que se levantaban como polvo tras sus talones.

Luego Totó se retiró de sus amigos, que seguían pidiendo armarios, coichas bordadas y millones, millones de millones, millones de millones de millones... Cada cual quería un millón más que su compañero. Totó corrió hacia Edvigis, que se había escondido en su choza. Intentó convencerla de que él no era más que un hombre, y que todo el mérito se debía a la paloma de la señora Lolotta.

Vino la noche. Mobbi y los guardias cercaban, silenciosos, el campamento. Mobbi tenía frío y lo suyos le echaban aliento para calentarse las manos. Hacían el efecto de un bosque bajo la luna, porque se habían camuflado con grandes ramas prendidas en los cascos. Mobbi dio orden a un guardia de que fuese a enterarse de lo que hacía el enemigo. El guardia obedeció y vio a todos los pobres cargados de valiosos regalos y a Totó que seguía haciendo milagros a pedir de boca. En seguida solicitó de éste ser ascendido a general y volvió con sus estrellas de general a donde estaban los suyos. Gritó: «Soy general.» Le esposaron y le mandaron al calabozo.

Mobbi decidió esperar a que sellase el sol para lanzarse al asalto. Se durmió y abrió de cuando en cuando los ojos y veía a los pobres que iban y venían llevando lámparas en las manos, y estaban lujosamente vestidos con trajes de noche. Pero él estaba seguro de que no era más que un sueño.

Entre tanto, Totó quería besar a Edvigis de una vez y regalarle alguna cosa maravillosa. Le hizo desaparecer una escoba de las manos para sustituirla por un magnífico aspirador eléctrico. Luego, quién sabe qué otro regalo le hubiera hecho, pero se dio cuenta, de pronto, de que la paloma había desaparecido. Salió corriendo a buscarla y se tropezó con los pobres que perseguían a la estatua. Esta, en cuanto vio a Totó, lo besó en la boca fuertemente. Edvigis sufrió mucho por ello; pero Totó había vuelto a encontrar su paloma, que se había volado a los pelados árboles, y dijo a Edvigis: «Pídemelo lo que quieras.» Se besaron y fue tan grande la alegría de ambos, que se encaramaban por los palos como arañas. Luego, como ella quisiese que saliera el sol para contar a todos que se querían, Totó hizo que amaneciese, aunque eran apenas las dos de la madrugada.

Vino el sol y Mobbi despertó y dijo: «Adelante.» Se oyó el estruendo de los tanques y en un momento los pobres fueron prendidos y encerrados en coches celulares. Se reían cuando los guardias los aporreaban; la seguridad de que Totó valaba por ellos. Pero éste no tenía ya la paloma que había sido rescatada por dos ángeles. Y Totó la buscaba mirando hacia el cielo y también los pobres miraban a donde miraba Totó, siguiendo el camino de sus ojos. Mobbi,

al verlos mirar a todos hacia el cielo, sacó un brazo para ver si llovía.

Los coches cargados con Totó y los pobres se encaminaron hacia la ciudad, en tanto que Edvigis buscaba, llorando, entre las barracas, la paloma de su Totó.

El campamento resonaba de ruidos metálicos, porque Mobbi había empezado a erigir los castillos para los pozos de petróleo. Todo estaba perdido y Cayetano lloraba también. Adiós valle querido. Pero aún llegó todavía, como el viento, la señora Lolotta con la paloma en la mano. Había conseguido robarla de nuevo y corría como una liebre y miraba a Edvigis que corría a su lado llevando a Totó una pobre paloma, con la esperanza de que a falta de la buena pudiese servir para que Totó hiciera milagros. Detrás venían los ángeles, moviendo la cabeza con un gesto de desaprobación hacia la señora Lolotta, que seguía violando tercamente las leyes celestiales.

En un disco verde del paso de peatones, los ángeles, disciplinados, hubieron de detener su carrera, y así la señora Lolotta pudo alcanzar a Totó. Este, con la paloma entre las manos, lanzó un grito de júbilo, y los coches se abrieron por los cuatro costados. Los pobres volaron como gorriones y se remontaron y el aire estaba lleno de nubecitas producidas por los disparos de los guardias. La señora Lolotta sonreía entre los ángeles, que se la llevaban, reprendiéndola por el camino, por haberles engañado al darles la paloma de Edvigis, mientras Totó se servía de la paloma buena.

Totó volaba junto a Edvigis; Alfredo llevaba la maleta grande, que, justamente, era propia para viajar. Los pobres estaban contentos y hasta un poco asustados de verse tan arriba. Decidieron buscar un sitio para acampar por allí, ya que en el campamento se había instalado ya Mobbi con sus torres de petróleo y sus hombres. Descendieron dos o tres veces, pero por todas partes había letreros en los que se ponía: «Propiedad privada.» No había otro remedio que marcharse muy lejos. Antes quisieron, todavía, despedirse por última vez del campamento y rozaron con su vuelo los techos de las cabañas. Decidieron huir ya definitivamente, pero aún quisieron volver a ver una vez más el campamento. Mobbi estaba pronunciando un discurso a sus hombres y tuvo que agacharse, asustado, como si se tratase de aviones. Luego dijo: «No es verdad.» No podía ser verdad. Y prosiguió con su discurso, en tanto que Totó y los suyos desaparecían hacia el horizonte.

Cuánta tierra se divisaba allí abajo, como cuando Totó y la señora Lolotta se encantaban con el riachuelo de la leche, que parecía un inmenso río, atreviéndose la tierra ilimitada. Luego apareció una playa lamida de blancas olas. Más allá, sólo el mar, y los pobres volaron hacia un reino donde decir buenos días quería decir de verdad «Buenos días».



PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES